

VIOLENCIA EN LA OLA UNIVERSIDAD

36

La violencia no es un hecho nuevo en la Universidad Nacional. Si bien no siempre en sus sedes, la institución vio morir o resultar lesionados a muchos de sus hijos en la campaña electoral del vasconcelismo, en 1929. Durante los años treinta, una vez que la UNAM superó la amenaza a la libertad de enseñanza, se inició el verdadero período de la violencia estudiantil,

con "porras" pagadas a veces por las autoridades escolares, como ha venido ocurriendo desde entonces.

En los planteles de la escuela nacional preparatoria no han sido raros los hechos de sangre, con implicación política o sin ella. Hay un estudiante preso en Lecumberri por haber privado de la vida a un "porrista", en defensa propia. En cambio, la multitud de denuncias contra golpeadores profesionales no prosperan, pese a que han protagonizado los únicos hechos criminales habidos en la Ciudad Universitaria: el asesinato de un estudiante de Derecho, en el estacionamiento de esa facultad, en 1970, y la muerte de dos "porristas", en el auditorio de la Facultad de Ingeniería, en este año.

Hay muchas explicaciones para la actual ola de violencia en la Universidad. Vayamos por partes: hay una ola de violencia. No quiere decir esto que todos los días haya disparos o efusión de sangre. Pero todos los días hay escaramuzas, hay golpes, hay la tensión que procede de vivir algo semejante a la ley de la selva, en que solamente los más fuertes sobreviven. Podría parecer exagerado decir lo anterior, sobre todo porque tal clima no ha impedido el desarrollo de las actividades académicas. Pero quienquiera que asista cotidiana o frecuentemente a las aulas universitarias puede ser testigo de esta agresividad ambiental.

Desde 1966 la UNAM ha caído en la ruptura de la autoridad. La renuncia del doctor Ignacio Chávez a la rectoría precipitó a la institución en abismos de los que ha intentado salir en esfuerzos presididos por los dos rectores que sucedieron al doctor Chávez. Pero las



UNIVERSIDAD EN VIOLENCIA

Miguel Angel GRANADOS CHAPA

quiebras fueron graves, las heridas demasiado profundas. Y no se han cerrado. La autoridad no ha podido restituirse cabalmente, sobre todo por que la única autoridad que puede prevalecer en el ámbito universitario es la moral.

(No todo ha sido negativo en el proceso iniciado en 1966 y que tuvo en 1968 su momento culminante. Los escleróticos lazos que vinculaban a los profesores con los estudiantes se rompieron y, en términos generales, no se volverán a atar jamás. Ahora los alumnos cuestionan el saber y la capacidad docente de sus profesores. No basta ocupar la cátedra para gozar impunidad. Ahora sólo son respetables y respetados los maestros que ganan el respeto a sus exigentes alumnos. Esto forma una regla general que, por desgracia, admite todavía excepciones. Pero su impacto saludable no puede negarse en la libertad académica que hoy priva en la UNAM).

Esta libertad, paradójicamente, es causa también de la agresividad que se observa en algunos grupos de estudiantes. Prejuiciosos aun los que quieren tener una actitud racional y científica ante la vida y los problemas del hombre, poco ilustrados y fácilmente manejables, estos estudiantes trasladan la libertad, del trato con sus profesores al que establecen con los funcionarios, con sus compañeros. Poco queda en pie. Poco hay respetable, a juicio de los jóvenes y poco, por lo tanto, se respeta.

La violencia estudiantil en la Universidad ha tomado dos causas: la que cuestiona el sistema político y educativo e intenta modificarlo por la fuerza, y la violencia represiva, intimidatoria, que se propone desalentar la organización

estudiantil y deprender a los estudiantes individualmente.

La primera se ha manifestado en las escuelas de economía y arquitectura y en la facultad de medicina. La piedra de toque de los movimientos en esos planteles es el co-gobierno. Aunque ya la legislación universitaria establece

37



La Violencia no es Consustancial ni al Trabajo Universitario, ni a la Vida Juvenil.



38

la participación de los estudiantes en la toma de las decisiones centrales que afectan a la comunidad, por medio de sus representantes en los consejos técnicos de cada escuela y facultad y en el universitario, los estudiantes radicales estiman que esa representación es, en primer lugar, escasa y, en segundo término, falsedad, porque raras veces hay comunicación entre la base estudiantil y sus consejeros.

Esto es cierto: la designación de tales consejeros se hace por vía indirecta: los alumnos nombran con su voto varios electores, entre candidatos que se distinguen por el promedio de sus calificaciones (lo cual no los hace más aptos para representar a sus compañeros) quienes a su vez designan a los consejeros (sistema que facilita la corrupción y el maníobreo).

Los ensayos en esas escuelas han corrido con suertes diversas, pero emparentadas todas con el fracaso. Y es que, siendo conveniente el propósito, no se han utilizado los medios adecuados para conseguirlo. Explosiones emocionales, plenas de espontaneísmo e irracionalidad, no han logrado hallar los caminos viables —los legales son los únicos, en este caso— que permitan la realización de sus objetivos.

Mucho más exitosa ha sido la violencia de las "porras". Los golpeadores mercenarios que las forman fueron extraídos en su origen de los equipos deportivos estudiantiles. De allí, puestos al servicio del mejor postor, pasaron a actuar en la política estudiantil. Se han diversificado mucho. Algunas de estas bandas tienen hasta algún asomo de ideología política,

siempre derechista, algunas veces disfrazada de cristianismo.

Todos los planteles de la Universidad conocen de sus desmanes. Nada se ha hecho en contra suya, de verdad. La impunidad de que gozan es muestra de los apoyos sólidos en que basan su acción. Se habla de funcionarios, dentro y fuera de la universidad, como sus financieros. El hecho es cierto, aunque se desconozcan sus detalles.

Como queda dicho, las porras satisfacen ansias predatorias de sus miembros y el afán retardatario, anarquizante, desalentador de la organización estudiantil que anima a sus pagadores. Si las porras son posibles es porque la pobreza, el resentimiento, la mala educación, la cortedad de perspectivas, los desajustes emocionales agobian a sus componentes.

La violencia, resulta obvio aunque necesario decirlo, no es consustancial ni al trabajo universitario ni a la vida juvenil. La violencia es patológica, puede extirparse. Se podrá hacerlo en la Universidad, y en todas las instituciones de enseñanza superior del país, cuando la mayoría silenciosa, sorda y ciega que permite la actuación de grupos minoritarios violentos se decida a actuar. Deberá hacerlo con confianza en los caminos de la razón, ejerciendo la solidaridad y con miras a lograr que el trabajo espiritual que se desarrolla en la Universidad, comenzando por beneficiarlos a ellos mismos, haciéndolos crecer, desparrame en la sociedad sus beneficios.